

generación reflexiva, que busca influir no ya en los sentimientos sino en la razón, con la ciencia como aval y el ensayo como vehículo de expresión. Quizás este carácter más puramente intelectual y político es lo que ha hecho que mientras que nombres como Baroja, Unamuno o García Lorca sean ampliamente conocidos, no sean demasiados los que identificarían tan fácilmente a Araquistáin o Pérez de Ayala. Un vacío sigue cerniéndose sobre los representantes de la generación del 14, considerada por Menéndez Alzamora como la “generación desconocida”, que no perdida, ya que aunque no del todo reconocido, su legado estuvo presente durante el advenimiento de lo que ellos tanto ansiaron, una democracia de ciudadanos. Quizás tengamos que esperar unos años hasta que la fiebre conmemorativa recupere la significación de estos maestros, como ya ocurriera en 1998 ante el centenario de los noventayochistas. En aquella ocasión, la labor historiográfica no se detuvo en la simple rememoración, sino que trabajó sobre problemáticas conceptuales que en absoluto fueron agotadas. El debate sobre la validez de la parcelación generacional, o la confrontación de pareceres sobre las características e incluso la existencia actual de la figura del intelectual, aceptarán gustosos las reformulaciones que el año 2014 favorezca con motivo del centenario de la generación novecentista.

Manuel Menéndez Alzamora es Profesor titular de Teoría Política y Pensamiento Político Contemporáneo en la Universidad CEU Cardenal Herrera de Valencia. Es autor del capítulo dedicado a la Generación del 14 en la *Historia de la Teoría Política* dirigida por Fernando Vallespín (1995). También es coautor de diferentes libros dedicados al pensamiento político y a la teoría política, entre los que destacan: *Política de la vitalidad* (1996), *Política y sociedad en José Ortega y Gasset: En torno a “Vieja y nueva política”* (1997) y *Pluralismo* (2004).

Katixa Bea Garbisu
Universidad de Navarra

Canal, Jordi, *Banderas blancas, boinas rojas. Una historia política del carlismo, 1876-1939*, Madrid, Marcial Pons Historia, 2006. 355 pp. ISBN: 8496467341. 24€

Prefacio, p. 11. Cap. I. La contrarrevolución en movimiento, p. 19; Cap. II. El exilio de 1876, p. 47; Cap. III. De muertes y resurrecciones, p. 77; Cap. IV. Espacio propio, espacio público, p. 97; Cap. V. Los viajes del marqués de Cerralbo, p. 119; Cap. VI. Llauder o el sacerdocio de la causa, p. 159; Cap. VII. En busca del precedente perdido, p. 199; Cap. VIII. La gran familia, p. 237; Cap. IX. Festejando el martirio, p. 275; Cap. X. Las campañas antisectarias de Juan Tusquets, p. 293; Cap. XI. “Como siempre en pie frente a la revolución”, p. 323. Índice onomástico, p. 349.

Cuando, a comienzos de los años cincuenta del siglo XX, el recientemente fallecido René Rémond planteaba la posibilidad de revitalizar la historia política, no trataba tanto de resucitar el cadáver del positivismo, la

escuela metódica o la temática político-diplomático-militar, ni siquiera la tradición narrativa nacionalista y justificadora de los grandes autores del romanticismo historiográfico decimonónico, como de atender a un conjunto de aspectos del pasado sobre los que pesaba un contundente ostracismo. La historia, pese a que numéricamente siguiera dominada por muchos de esos viejos modelos, había arrinconado en el desván de la disciplina la totalidad de los métodos y de los relatos en los que no primase una visión inspirada por la sociología y respaldada por una noción de ciencia; y además, impuso un voluntario olvido sobre todo cuanto representase el humo de la historia, como lo definiera Braudel; aquello que tras el primer resplandor, se deshacía en el aire. Rémond y sus seguidores reivindicaron la centralidad de lo político, pero tamizado por una voluntad de ciencia y de renovación. A este despertar paulatino de la proscrita historia política se le sumaría el impulso que desde finales de los años setenta supuso la antropología. En definitiva, resurgía en los ochenta la que ya se llamaba una “nueva historia política”, pese a que los lazos con la “vieja” historia política fuesen escasos en lo temático e inexistentes en lo metodológico. En este renacimiento o, mejor, reinstauración de lo político, cabría destacar como rasgo fundamental la atención a la multitud de componentes que enriquecen un fenómeno complejo y fundamentalmente contemporáneo. El estudio de las culturas políticas se convirtió, a partir de lo realizado en la politología desde los años cincuenta –y también convenientemente matizado– en un elemento clave. Dentro de ello se fue incluyendo lo relativo a identidades, militancia, sociabilidad... elementos todos que trataban de ofrecer una imagen más rica y perfilada de la política. Un buen ejemplo de todo ello fue el renacimiento de la biografía, como síntoma de la recuperación de un individuo que, más allá de ofrecer el modelo acabado del político, se integraba en su espacio y su tiempo y servía como plataforma para comprender mejor el alcance de lo político.

En esta línea cabe incluir el libro de Jordi Canal: “Los elementos culturales resultan básicos para entender la evolución del carlismo, como lo son, asimismo, para hacer comprensible la del resto de las culturas políticas españolas. El estudio de la cultura debe contribuir a una reinterpretación más global y más compleja de todos estos fenómenos. Solamente de esta manera se hará posible una mayor comprensión y un más adecuado encuadramiento del carlismo en la historia de la España contemporánea. Unos objetivos que, en estos momentos, debemos considerar todavía como insuficientemente alcanzados” (p. 273). Diagnóstico certero al que él trata de hacer frente cuando pone de manifiesto los dos ejes de este libro: “Se interesa por la política y por lo político, integrando tanto las ideas como las prácticas, las realidades y los imaginarios, los aspectos sociales y los culturales. Lo cultural, en particular, adquiere un papel fundamental. Existe, en segundo lugar, una clara voluntad de aproximarse a los verdaderos protagonistas de la

historia, esto es, los individuos” (p. 12). Más gráfica aún me parece una frase que, líneas más abajo, afirma: “En estas líneas no encontrará *la* historia política del carlismo entre 1876 y 1939, sino *una* historia política del carlismo en esta etapa” (p. 12). No existe voluntad de cerrar el tema, sino de proponer una mirada sobre él, una mirada que no se agote en sí misma, sino que proporcione elementos para percibir la complejidad del fenómeno. De hecho, este libro está compuesto por trabajos previos pero, como señalaban Anacleto Pons y Justo Serna en su libro *La historia cultural*, son trabajos siempre nuevos, porque en ellos se introduce el debate y el comentario, el aporte de la experiencia, la suma de perspectivas siempre renovadas, con lo que nunca estamos ante el mismo trabajo. Es un libro que parte de un trabajo previo, pero que es nuevo y, sobre todo, coherente, porque aporta una visión que pese a la suma de fragmentos, proporciona argumentos de conjunto, hace inteligible el carlismo de ese período desde una perspectiva política amplia, en la que entran los líderes, como Don Carlos o el marqués de Cerralbo, pero junto a ellos forman parte las masas, sus sentimientos, los motivos que les impulsan a la fidelidad o las formas de transmitir ésta, como la familia o los círculos, las excursiones propagandísticas o la literatura de combate, las fiestas conmemorativas o la preparación militar. Se recoge la ideología, pero también su vivencia, la sempiterna traición y la lealtad insobornable, conviviendo todo ello al hilo de los avatares de personas concretas, dirigentes o dirigidos, en el teatro de medio siglo turbulento.

En definitiva, esta forma de abordar la historia política trasciende con mucho los viejos modelos de narración teleológica, modelo de virtudes para quienes impulsaban una forma concreta de historia ideologizada; rehuye de esquemas dicotómicos, rechaza por ejemplo la contraposición radical entre modernización y contrarrevolución, pues ésta “no es inmóvil, sino que evoluciona y se transforma” (p. 19). Buena muestra de ello es el primero de los capítulos, en el que se analiza el paso desde opciones violentas, hasta 1876 o 1900 incluso, hacia el planteamiento del combate político y propagandístico en la calle más que en el parlamento o las instituciones. Soterrada o manifiesta, la violencia era una parte consustancial de un carlismo que buscaba el imposible de implantar su modelo en una sociedad que le volvía la espalda de manera creciente. Sin embargo, consiguió sobrevivir en cada ocasión, aferrándose a cuantas reformas parciales, a cuantas modernizaciones le resultasen útiles sin perder por ello lo que consideraban esencial y regresando, en cuantas ocasiones juzgasen propicias, a la violencia, “siempre en pie frente a la revolución”. Aquí también podría insertarse la constante retórica de la traición, dado que las adaptaciones se cobraron un precio considerable, como las escisiones que, a partir de 1888 iban a sacudir el carlismo. De hecho, en las razones que proporciona el prof. Canal para entender el cisma integrista (personalismos, auge de la intransigencia en Europa, actitud

del carlismo ante el catolicismo y reacciones frente a la modernización del partido, p. 95) podemos ver algunos de los rasgos que van a caracterizar la lucha por la supervivencia en el seno de un movimiento que, como señala el propio autor, nunca se mantuvo inmutable, sino que cambió para seguir activo y mantener su oposición frente a un mundo que no era el suyo.

En esto radica la aparente paradoja de un sector de la sociedad española al que tópicamente se le atribuyen rasgos inmovilistas, de fosilización ideológica, pero que sin embargo manifestó cierta plasticidad y una considerable capacidad de adaptación a las circunstancias que difícilmente cuadran con el tópico al uso. Buen ejemplo de ello son los capítulos en los que se muestra la modernización de las sociabilidades políticas carlistas y, a su vez, la convivencia con modelos tradicionales sólo que actualizados. Tampoco significa esto que los tradicionalistas marcasen pautas en la innovación política e ideológica, pero es evidente que incluso ellos, pese a los tópicos, desarrollaron pautas de renovación, especialmente centradas en actitudes y estrategias y en la creación de una estructura. De ahí surgieron los círculos y las juventudes, los viajes de propaganda del marqués de Cerralbo y otros, la difusión de imágenes y símbolos a través de carteles, publicaciones, láminas, etiquetas en productos diversos, tarjetas, postales, etc.

Otro de los elementos destacables de este libro es la atención que presta al protagonismo catalán en el carlismo. También es un tópico arraigado la asociación, con cierta pretensión de exclusividad, entre este movimiento y las provincias vascas y Navarra. Sin embargo, como demuestra en diversos momentos, el carlismo catalán se mantuvo en vanguardia de muchas de las manifestaciones modernizadoras, como la extensión de los círculos, la fundamentación ideológica, el auge propagandístico y periodístico, o el enfrentamiento al nacionalismo emergente y claramente competidor. De hecho, a este último aspecto dedica un capítulo con pretensión desmitificadora: “Desde el nacionalismo catalán se han formulado y asentado algunas tesis que, como mínimo, resultan muy discutibles desde un punto de vista histórico. Entre estas sobresale la idea de que el carlismo fue una suerte de pre-catalanismo o de precedente del nacionalismo catalán, y que, en consecuencia, los carlistas catalanes evolucionaron desde el último cuarto del siglo XIX, de forma natural, lógica y necesaria, hacia el catalanismo” (p. 199). Al igual que se ha dicho desde algunos sectores del nacionalismo vasco, el carlismo supondría el paso previo necesario para la aparición del PNV, o incluso de los sectores más radicales en el siglo XX. Y sin embargo Jordi Canal muestra cómo el examen del pasado proporciona argumentos para cuestionar una asociación automática, en primer lugar por la variedad y complejidad de la evolución –si se producía– desde el carlismo a los regionalismos y nacionalismos; en segundo lugar por las divergencias en el seno de los regionalismos y, por último, por la poca utilidad de pensar en las opciones

políticas como compartimentos estancos (pp. 218-9). Lo natural a fines del siglo XIX fue la lucha entre carlistas y nacionalistas, pues ambos sectores competían por un público similar, como resulta patente en las polémicas protagonizadas por la revista *Lo Mestre Titas*.

No estamos, como señalaba el propio autor, ante una historia del carlismo –y no hay que pedirle tal–, sino ante un acercamiento a algunos de los rasgos más significativos del mismo, a un intento de comprender lo que significó entre 1876 y 1939. Este afán de comprensión resalta por encima de los tópicos y los lugares comunes que han caracterizado el examen de un fenómeno que marcó la historia de España durante una parte importante de su contemporaneidad. Libros como el presente contribuyen a situar en su lugar uno de esos aspectos que hicieron de la península ibérica el último reducto de lo exótico en una Europa que perdía particularidades para hacerse cada vez más homogénea. Sea bienvenido, por tanto, y esperemos que tenga continuidad.

Jordi Canal, es profesor en la École des Hautes Études en Sciences Sociales de París. Dedicado desde sus inicios como investigador a la historia del carlismo, ha publicado varias monografías al respecto como *El carlisme català dins l'Espanya de la Restauració. Un assaig de modernització política (1888-1900)* (Vic, 1998); y *El carlismo, dos siglos de contrarrevolución en España* (Madrid, 2000). Con J. Aróstegui y E. González Calleja ha editado *El carlismo y las guerras carlistas. Hechos, hombres e ideas* (Madrid, 2003).

Francisco Javier Caspistegui
Universidad de Navarra

Peloille, Manuelle, *Fascismo en Ciernes: España 1922-1930. Textos recuperados*, Ed. José-Carlos Mainer, Toulouse, Presses Universitaires du Mirail, 2006, 175 pp. ISBN: 2858168253.

Prólogo José Carlos Mainer, p.7; 1. CLAVES DE LECTURA; Directrices, p.11; I. Entremés semántico: recorrido por la prensa de los años veinte; Bolchevismo, p.15; Cirujano de hierro, p.17; Democracia, p.21; Ejemplo (“el ejemplo italiano”), p.23; Fascismo, p.27; Liberalismo, p.28; Parlamentarismo, p.31; Reacción, p.32; Revolución, p.34; II. Octubre 1922 – Septiembre 1923: La seducción compartida, p.37; III. El lento despertar de los liberales, p.47; IV. Las bases de una forma española de fascismo (1923-1930), p.63; Colofón, p.73; 2. SELECCIÓN DE TEXTOS, p.75; Lista de textos por nombre de autor, p.158; Los periódicos, p.160; Fuentes primarias, p.163; Fuentes secundarias: bibliografía selecta, p.166; Biografías breves de los autores, p.167; Índice de nombres, p.172.

El siglo XX ha sido el siglo de las tentaciones totalitarias, sin embargo el mismo concepto de totalitarismo y más concretamente, el de fascismo, ha sido, desde su origen, objeto de controversia.

Actualmente parece comúnmente aceptado que soviétismo y fascismo son ambos regímenes totalitarios, sin embargo ¿por qué el fascismo provocó

[MyC, 10, 2007, 185-266]